

EL ESTADO Y LA CONCIENCIA GEOPOLITICA: ESPACIO Y CULTURA

LUIS ANGEL CERSOSIMO
Argentina

El Estado es formación humana establecida para un fin. Es decir, es la resultante de la actividad teleológica del hombre como manifestación de la vocación y de la voluntad de su ser social para el perfeccionamiento de su ser individual. En tal sentido, pueblo y Estado se corresponden biunívocamente de manera tal que la existencia de uno implica la existencia del otro. El derecho natural preexiste respecto a ellos, pero halla su máxima expresión en ellos y por ellos.

Establecida la preeminencia del carácter político del Estado sobre cualquier otra consideración, es necesario analizar otro factor sin el cual su realización y actualización no podrían considerarse, ese factor es precisamente el suelo, entendido no sólo como territorio en su significación restringida a descripción geográfico-geométrica donde halla el pueblo y en consecuencia el Estado su asiento terrestre para la realización de sus fines, sino en la íntima unión de la concepción espacial de un pueblo y su manifestación, a través del Estado, racional y voluntaria para el dominio y valorización del espacio.

Llegamos así a la expresión por la cual el Estado, y por lo tanto el pueblo, actúan conscientemente sobre el espacio. Dicha expresión es la geopolítica, como ciencia en su manifestación racional y como acción en su manifestación voluntaria. Siendo estos dos factores inseparables uno del otro, ya que la mera contemplación no basta en este caso, ella queda asignada a otras ciencias, la acción es el componente inseparable, sin ella la actividad teleológica del hombre y en este caso del pueblo-Estado no alcanzaría su cabal justificación y plenitud realizadora.

Geopolítica es, entonces, la actividad humana por la cual la conciencia del espacio se manifiesta en forma racional y voluntaria.

Pero el Estado tiene una realización y actualización temporal aún cuando sus fines están necesariamente ligados a la intemporalidad. Por lo tanto, la concepción espacial de los pueblos debe ser contem-

plada en el horizonte del tiempo, tanto en su formulación histórica como cultural.

Hemos destacado que la geopolítica es una actividad humana consciente. Es decir, a diferencia de los procesos culturales que se desarrollan de manera eminentemente inconsciente, la geopolítica representa la asunción del proceso cultural y el intento consciente, racional y voluntario de superar el condicionamiento espacial. En este sentido, si bien las culturas o procesos culturales que se desarrollaron más o menos autónomos y con fuerte condicionamiento espacial no lograron superarlo de manera por lo menos satisfactoria, no cabe duda que la humanidad en su conjunto, y a través de la conciencia individual primero, y nacional a través del conjunto de las conciencias individuales que conforman una voluntad nacional o imperial según los casos, concibió la necesidad de vencer el determinismo del espacio.

El hecho de haber introducido el término espacio, cuyo uso frecuente en geopolítica no ha sido claramente justificado aún, nos obliga a un intento de clarificación de este concepto so pena de que su uso invalide toda ulterior aplicación o razonamiento que lo presuponga.

En principio, debemos aceptar que la noción de espacio en su empleo geopolítico tiene una relación directa con la noción genérica de espacio y con los problemas que dicha noción ha generado, es decir, sobre su naturaleza, sobre su realidad y sobre su métrica. La parcialización de estos problemas ha generado, a su vez, enfoques diferentes, matemático (geométrico), físico (absoluto, combinación espacio-tiempo, campo), filosófico (materia) espacio, ser-no ser, lleno-vacío, lugar; "límite inmóvil que abraza a un cuerpo" Arist. Fís., IV, 4 habitáculo de las cosas creadas, Platón; *locus, situs, spatium*, escolásticos, continente universal de los cuerpos físicos, orden de las coexistencias, Leibniz; generalidad abstracta del ser-fuera-de sí de la naturaleza, pura exterioridad de la idea, Hegel, etc. Podríamos hablar asimismo de un espacio y tiempo psicológicos, existenciales, etc., es decir, seguir parcializando su noción de acuerdo al objeto de la ciencia que consideramos y en su relación con la noción de espacio.

Pero lo que aquí nos ocupa es poder identificar más o menos claramente, si ello es posible por lo menos para la geopolítica y para nuestra necesidad de unificar significados, el concepto de espacio geopolítico.

Si la geopolítica es contemplación y acción, ciencia y praxis, razón y voluntad, es porque forman parte de la realidad estatal del determinismo de los factores naturales y la libérrima acción del espíritu

para conocer, controlar, dominar y finalmente vencer dentro de los límites propios de su finitud, dicho determinismo. Por lo tanto, el espacio geopolítico, que incluye las nociones del espacio geométrico, el espacio físico, el espacio geográfico propiamente dicho, el espacio filosóficamente concebido debe incluir asimismo el espacio “vivido”, es decir, el espacio “sentido” y asumido culturalmente por un hombre en particular, o lo que adquiere mayor relevancia geopolítica, por un pueblo, y expresado de manera concreta por el Estado que representa ese pueblo.

En este último aspecto del espacio, que podríamos denominar cultural, el que reviste mayor importancia desde el punto de vista geopolítico, ya que además de incluir en sus aspectos particulares y universales todos los anteriores, especifica claramente las diferencias étnicas, caracterológicas, tecnológicas, sociales, políticas, etc., entre los diferentes pueblos.

El concepto geográfico propiamente dicho del espacio o más generalizado aún el concepto cósmico de espacio, incluyendo el espacio geográfico terrestre, es una consecuencia de la conciencia espacial humana, y a partir de allí, la valorización y dominio de los espacios en el horizonte del tiempo.

Las esculturas, la arquitectura, y en general las distintas manifestaciones estéticas nos muestran la historia de la percepción sensible espiritual y racional del espacio. Y, más aún, cuando el espíritu del hombre, penetró en la ciencia quiso sublimar ese sentimiento estético a través del dominio del espacio físico otorgando así una necesaria continuidad y armonía entre el condicionamiento y determinismo espacial y la libertad y voluntad humana en ocasiones el puente fue la razón, en otras fue el misterio o la fe, pero jamás hubo ruptura, o por lo menos no la debió haber.

A la ciencia como concepto lógico espacio-temporal siguió la tecnología y la visión de la civilización tecnológica que debió ser culminación integradora y no ruptura metafísica.

Sería insuficiente, pues, que el Estado sea considerado sólo como un fenómeno en el espacio desprovisto de su indisoluble identificación con el pueblo. Sólo una parte de dicha relación es objetiva y cognoscible como tal espacio físico-geométrico. La otra parte, quizá la más importante, es subjetivísima y corresponde a la acción libre y voluntaria del pueblo-Estado y de las personas que lo componen. Es decir, la noción de espacio y la valorización del mismo en el estricto sentido geopolítico pertenece a los pueblos a través de las conciencias indivisuales, pero generalizadas, de sus constituyentes.

Pero suele ocurrir que algún sector o elemento único de algún pue-

blo posea clara conciencia del espacio y participen en sentido positivo o negativo en la acción política del Estado, pero ello configuraría situaciones políticas anómalas y conflictivas que, sin embargo, son las más frecuentes precisamente por el motivo antes apuntado.

Valorización del espacio o dominio político del mismo son elementos que para incluirlos dentro de una concepción geopolítica deben ser entendidos fuera de una concepción exclusivamente económica como generalmente y frecuentemente son reducidos.

La ruptura ecológica por la supuesta valorización económica de un espacio dado no es asumir conciencia espacial. El dominio militar sobre un territorio no basta para dominar políticamente ese espacio geográfico. La conquista del espacio cósmico implica, en cambio, una alta conciencia espacial, pero podrían paralizarse o aún anularse sus efectos si en el espacio geográfico terrestre desde donde surge esa conciencia el pueblo-Estado que la encarna se halla sumido en el decadentismo cultural y su consecuente concepción espacial-terrestre declinante.

La geopolítica, entonces, concebida como conciencia cultural del Estado, y permitiendo el equilibrio de nuestros constituyentes ontológicos debería ser el instrumento que pudiera evitar el decadentismo en que se halla sumida la cultura universal, decadentismo producto de una crisis sobre cuyos extremos temporales podríamos polemizar, pero a todas luces evidente y que podríamos sintetizar en crisis religiosa como punto final pero particularizarla en crisis metafísica y sus secuelas ontológicas, gnoseológicas y éticas; y, asimismo, en sus particularizaciones respectivas en lo económico (preminencia de lo económico sobre lo político), sistemas de gobierno, materialismo, crisis del estado liberal burgués, etc. Crisis en definitiva por la cual la tecnología y su civilización correspondiente tienden a convertirse en anti o contra cultura.

En términos de crisis y su evaluación geopolítica debemos determinar hasta qué punto, y en qué medida, una concepción espacial declinante, no entendida en los términos a que se refería Ratzel con una significación predominante de dominio espacial-territorial, sino en el sentido amplio al que nos hemos estado refiriendo, es decir como concepción espacial cultural, cuya traducción se verifica en la ciencia, en el arte, la arquitectura, la política y otras manifestaciones del espíritu puede conducir o confluir a la crisis.

Una concepción espacial declinante no significa sólo la pérdida del territorio heredado de los antepasados, ya que esto es una de las manifestaciones externas visibles de aquélla. La concepción espacial declinante tiene sus raíces mucho más profundas y tiene prelación nece-

saría a la pérdida de territorio incluso puede tenerla a la conquista de un territorio dado. Ello ocurre generalmente cuando la filosofía espacial que vive dentro de la filosofía global de un pueblo-Estado lleva el germen de su propia destrucción. En estos casos la dominación territorial no es la expresión de una verdadera conciencia espacial, sino tan sólo un propósito político limitado a la consecución de un objetivo inmediato y carente de fines espirituales.

Por ello decimos que la denominación cultural para el espacio geopolítico es la apropiada porque consideramos a la cultura como el dominio finito del espíritu sobre la naturaleza convertido por la praxis en realizaciones concretas. Y asimismo consideramos a la geopolítica en la asunción plena del proceso cultural por lo cual, de manera consciente, sistemática y voluntaria, un pueblo, a través del Estado, cumple con su misión teleológica en lo universal.